

propietario de una docena de haciendas, por lo menos, pero al morir contaba sólo con dos. Su interés principal fue el efectivo y su incremento. Su yerno, en cambio, ambicionó acumular haciendas y ampliarlas. Originalmente vinculado a la famosa casa bancaria y minera Jecker-Torre y Cía. (llamada así por Tomás de la Torre, probablemente su tío), Isidoro de la Torre mostró después más interés en la adquisición de haciendas, sobre todo de las azucareras, y así se convirtió en uno de los hacendados más grandes —o tal vez el más grande— del estado de Morelos. Pero nunca descuidó las actividades mercantiles o comerciales.

Los hombres estudiados formaban la mayor parte del grupo empresarial de aquella época. Pero sería útil incluir entre ellos al famoso Cayetano Rubio, el ex-conde Pérez Gálvez, y a F. N. del Barrio, esposo de la marquesa del Apartado, así como a unos cuantos más empresarios de la provincia.

También sería útil elaborar para la segunda edición de la obra un índice onomástico y analítico. Por ejemplo, en los capítulos sobre Gregorio Mier y Terán e Isidoro de la Torre hay referencias a Escandón y otros hombres de empresa, lo que no extraña porque todos formaban parte del mismo grupo cerrado de los negocios. En el capítulo sobre Escandón hay referencias a los empresarios tratados en otros capítulos, etc. Al lector le gustaría saber también quiénes de entre todos se dedicaron a las operaciones de préstamo, a la industria textil, a la agricultura... Una obra de esta clase no se puede considerar completa sin esos dos índices.

Jan **BAZANT**

El Colegio de México

Ted J. J. LEYENAAR: *Ulama — The perpetuation in Mexico of the Pre-Spanish ball game ullamaliztli*, Leiden, Rijksmuseum voor Volkenkunde, 1978, viii + 120 pp., ilust., mapas.

Ted Leyenaar, director de la sala de América del Real Museo de Etnología de Leiden (Holanda), nos ofrece en este trabajo, originalmente presentado como tesis de doctorado, el resultado de

varias temporadas de trabajo de campo y de una buena recopilación del material contenido en las fuentes. La hipótesis principal de su obra supone la afirmación de que en el estado de Sinaloa existen dos variantes del antiguo juego de pelota prehispánico llamado *ullamaliztli*.

Además de las palabras preliminares y de la introducción, el libro consta formalmente de cuatro capítulos: uno dedicado a los antecedentes, otro a los aspectos metodológicos del trabajo de campo, y dos últimos a describir los juegos modernos. A éstos siguen las consideraciones finales y un epílogo. Aunque fuera de texto, parte importante de la obra son las ilustraciones, que abarcan cincuenta páginas.

La revisión de las fuentes y de los no muy numerosos trabajos modernos al respecto mostraron al autor que en Sinaloa existen dos modalidades del juego de pelota, en proceso de desaparición, que piensa pueden considerarse como variantes de los consignados en las fuentes. En uno de ellos se usa el antebrazo y en el otro la cadera para regresar la pelota; ambos reciben el nombre de *ulama* y se llevan al cabo con una pelota de hule sólido, siendo más ligera la empleada en el juego con el antebrazo. Estas interesantes sobrevivencias apenas si habían llamado la atención de los investigadores.

Los españoles conocieron algunos juegos con pelotas de hule sólido practicados en las Antillas. Empero, cuando conquistaron lo que sería la Nueva España les llamó mucho la atención la pelota en particular, que difería, superándolas, a las conocidas por ellos. Asimismo, les impresionó la modalidad de jugar con la cadera. El primer informe conocido sobre un juego de pelota se refiere al de cadera. Las evidencias arqueológicas, además de remontar la antigüedad del juego a cuando menos mil años, señalan la existencia de varios tipos, algunos de los cuales tenían variantes.

El autor describe la cancha (*tlachili*) atendiendo a sus características formales, haciendo notar que, a partir de su aparición, evolucionó a partir de una forma rectangular, la que se considera como clásica, hasta la que presenta la figura de una I. Asimismo busca explicar su simbolismo y señala que, en parte, como lo habían notado otros autores, el juego de pelota antiguo tuvo que ver con ciertos aspectos religiosos, aunque se les ha prestado demasiada importancia. Por su parte, basándose en las fuentes, el autor hace hincapié en que el juego estuvo de igual forma relacionado con la

fertilidad y la toma de posesión de un territorio. Pero lo que considera más importante es que también fue visto simplemente como una diversión.

Al estudiar el juego de pelota, sin limitarse a una región determinada, el autor recoge el mayor número posible de referencias arqueológicas o documentales, intentando, en todo caso, hacer una caracterización mesoamericana en el sentido amplio de la palabra. Así tenemos representaciones o descripciones que geográficamente abarcan desde Honduras hasta la región noroeste de la actual República Mexicana. Fundamenta su aproximación en el hecho de que el juego de pelota ha sido considerado como uno de los rasgos culturales característicos de la superárea mesoamericana, aunque, según otros autores, el juego rebasó sus fronteras. Sin discutir lo anterior creemos que queda poco claro el papel desempeñado por este rasgo particular dentro de su lógico contexto general: la cultura indígena como totalidad.

Interesante es la presentación que hace Leyenaar de cronistas poco conocidos como Charles V. Weiditz, Johannes Laet y el abate Prévost. Resulta ameno el anecdótico relato de los incidentes de su trabajo de campo y sus minuciosas descripciones de las versiones del juego de pelota practicadas hoy en día en Sinaloa.

Considerando las analogías entre las descripciones de las fuentes y los aspectos formales del juego de pelota sinaloense de nuestros días, así como la supervivencia de términos náhuas y de la particular forma de anotar los tantos, el autor concluye que el juego moderno es una supervivencia del juego de pelota prehispánico. Esta afirmación resulta válida desde el punto de vista de lo etnográfico comparativo, o, si se quiere, desde el de la antropología culturalista. Sin embargo, y no restándole méritos a la etnografía de rescate, pensamos que las sobrevivencias del mundo prehispánico no deben estudiarse sin incluirlas en el contexto sociocultural en que se observan, y que igualmente se debe sopesar la importancia que tienen, para que en consecuencia se pueda determinar si se trata tan sólo de elementos enquistados o si desempeñan un papel determinado en las comunidades ¿indígenas? en que se dan.

Jesús MONJARÁS-RUIZ
Centro de Investigaciones Superiores-INAH